FF 50 268

Buenas noches, dedicamos hoy esta revista de filosofía, al igual que hicimos en nuestro último programa, a la memoria, al recuerdo de un gran pensador español, de un gran sociólogo intelectual, filósofo, como fue Jesús Ibáñez. Como nuestros oyentes, los que hayan escuchado el programa anterior sabrán, hemos hecho, a lo largo de las últimas semanas, se ha producido un homenaje organizado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense por el Departamento de Sociología, en homenaje a Jesús Ibáñez. Este homenaje comenzó en febrero de 1994 y concluye ahora en diciembre de 1994.

Se han producido distintas, todavía nuestros oyentes pueden asistir a alguna de las sesiones, porque terminará el 12 de diciembre, entre ellas, pues alguna en la que hemos participado algunos de los miembros de este programa, dedicado a la sociología política. En nuestro programa anterior hablamos de esa sesión del homenaje, recomendamos vivamente a nuestros oyentes, a aquellos que estén interesados, asistir al mismo, pero hoy queríamos hablar y hacer otra invitación, una invitación a la lectura de las obras de Jesús Ibáñez. Hay dos obras recientes de Jesús Ibáñez, publicadas ya, una había sido publicada ya en vida de Jesús Ibáñez en Chile, pero después ha sido publicada en Madrid por Siglo XXI, se llama la edición publicada en abril de 1994, El regreso del sujeto, la investigación social de segundo orden, publicado por Siglo XXI, y también ha salido por una sociología de la vida cotidiana, también de este año 1994, también de abril de 1994, y publicada igualmente por Siglo XXI.

En este programa con Francisco José Martínez vamos a intentar hablar de estas dos obras y tratar algunos de los temas que Jesús Ibáñez plantea las mismas. Vamos a empezar por el tema del regreso del sujeto. ¿Qué quiere decir Jesús Ibáñez al hablar del regreso del sujeto? Bueno, Jesús Ibáñez, como ya dijimos la semana anterior, había recibido, fue uno de los pioneros de la introducción del psicoanálisis en la reflexión psicológica y sociológica, y en ese sentido él plantea el problema del sujeto desde el punto de vista siguiente.

Él ve la modernidad como un proceso en el cual, por justamente el problema del desarrollo capitalista y de la opresión política, se va produciendo lo que él denomina una especie de desvanecimiento del sujeto. El sujeto se va viendo cada vez más impedido en su autonomía, más arrojado, más controlado un poco, el proyecto que analiza Foucault sobre el problema de la sociedad disciplinar. El sujeto moderno es un sujeto disciplinado, es un sujeto en los dos sentidos de la palabra sujeto.

Sujeto porque está sujetado y sujeto porque es súbdito, es decir, él recoge este aspecto de pasividad pero la posmodernidad, en cambio, vería uno de los elementos de novedad respecto a la modernidad, sería lo que él denomina el retorno a lo reprimido. Es decir, ese sujeto, esa subjetividad que ya no podría entenderse en el sentido clásico del sujeto fuerte en el pero en cierta manera sí con algunos elementos de subjetividad, de afirmación, de identidad, serían recogidos por la posmodernidad. O sea, lo que había sido reprimido y se había desvanecido a lo largo de la modernidad, es decir, el sujeto, como autoafirmación, como autoconstitución,

como búsqueda de identidad plural y múltiple.

Claro, eso sí, esa es la diferencia fundamental. No es un sujeto unitario, no es un sujeto de controla. El sujeto que defiende aquí Jesús Ibáñez es un sujeto pasado por el psicoanálisis, es decir, un sujeto escindido, un sujeto fisurado, un sujeto plural.

Un sujeto, como él dice, efecto del orden simbólico y no constituyente del orden simbólico. En este sentido, Ibáñez es antifenomenólogo, en este sentido, es decir, ha reconstruido, ha reconstruido el sentieno huserliano, pero eso no opta para que, como veíamos la semana pasada, en los análisis que hicimos de sus actuaciones políticas, él reivindique ese nacimiento plural de las sujetividades, de las identidades, siempre a flor de... a nivel del suelo, no? A grassroots, como dicen los anglosajones, es decir, al nivel de la hierba. Esa especie de pululación continua de sujetividades, de identidades que, antes de ser, o resistiéndose a ser, digamos, dominadas por los grandes aparatos de partidos o de sindicatos, pululan, ¿no? en forma de movimiento.

¿Y eso cómo afectaría la metodología de la investigación social? Claro, el segundo tema que trata aquí, por eso el subtítulo al que has aludido, es la investigación social de segundo orden. Claro, no olvidemos que lo que trabajaba, en lo que trabajaba, en lo que era catedrático Jesús Ibáñez, eran métodos y técnicas de investigación sociales, es decir, que él era un epistemólogo, y en este sentido, él distingue, ha distinguido a lo largo de toda su vida, entre un tipo de investigación que él denominaba clásica, o de primer orden, una investigación en la cual el objetivo era analizar, investigar los sistemas observados, es decir, la sociedad, o los grupos, o los objetos de consumo, y cuyo principal postulado sería un postulado de objetividad, postulado, pues, de liberación de valores, ¿no? Casi de beber, y toda la neutralidad, la neutralidad siológica, de toda la reflexión clásica de la sociología. Frente a este tipo de investigación clásica, él siempre procuró buscar lo que él denomina la investigación no clásica, o de segundo orden, en el cual el objetivo ya no sería tanto investigar los sistemas observados, sino los observadores, es decir, por eso es lo de segundo orden, ya no se observa el objeto, sino al propio sujeto que observa.

En este sentido, el principio que subyace a la epistemología clásica, al tipo de investigación, mejor dicho, no clásico, no sería ya la objetividad, sino la reflexividad, es decir, el problema es que la sociología tiene esta posibilidad de reflexividad, de que el propio investigador se investigue a sí mismo, es decir, aplique a sí mismo su metodología, ¿no? Haciendo bucles, los famosos bucles esos que él retoma, como tú decías el otro día, de uno de los que le inspiró mucho, ¿no? Que fue Edgar Morin, y este principio de recursividad, este principio de reflexividad, sería un elemento esencial de esta sociología cualitativa o investigación no clásica de segundo orden, que aquí, en estos libros, digamos, de recopilación, de reflexión, ya en la obra de madurez de Ibáñez, pues él intenta plantearlo. Y en ese sentido, la idea de Ibáñez del sujeto como efecto del orden simbólico, ¿cómo operaría? Sí, él retoma ahí toda la tradición estructuralista, ¿no? Es decir, frente a la fenomenología que había insistido mucho en el sujeto como constituyente, como origen del sentido, ¿no? Como donador de sentido, ¿no? Singuebun,

¿no? Toda esta tradición fenomenólogo existencialista, ¿no? El estructuralismo, a partir de los años 60 y de los años 70, y aquí, pues los seguidores, como el propio Ibáñez, de este pensamiento, destacan en cambio el efecto de causación que los elementos simbólicos tienen sobre el sujeto. El sujeto, lejos de ser constituyente, es constituido.

Lejos de ser causa, es efecto. Y ese efecto del orden simbólico, es decir, en primer lugar del lenguaje, pero también de la legalidad, es decir, de la estructura sociopolítica, cultural, en la cual surge, ¿no? Es decir, el sujeto siempre, cuando viene al mundo, viene al mundo en un mundo cuyas reglas no domina y cuyas reglas él no ha producido. Habla un lenguaje que no ha creado, está inserto en una familia, en una sociedad, en un punto determinado, que tampoco ha contribuido a crear y recibe todo esto como efecto, ¿no? Y en ese sentido, quizá convendría, aunque pasamos al segundo libro, el de Sociología de la vida cotidiana, comentar un poco la aportación que ha hecho Ibáñez a partir de su gran experiencia, que aparece en otras obras anteriores de la Sociología del consumo, es decir, ahí Ibáñez aparece como un gran especialista, como decíamos el otro día, no sólo como sociólogo cualitativo, especulativo, sino como alguien que tenía un profundo conocimiento empírico, diríamos, en este sentido, es decir, de haber hecho investigación de campo, de haber hecho investigación cualitativa.

Entonces, en ese sentido, ¿cómo aparecen, porque puede ser una forma de plantear este problema de los objetivos y los objetivos desde otra dimensión, los productos en la obra de Ibáñez y cómo aparecen los consumidores en la obra de Ibáñez? Ibáñez, y en este sentido, pues él se sitúa en la línea de Bodrillar, es decir, en la línea del primer Bodrillar, es decir, del Bodrillar que intenta construir lo que él denomina una economía política del signo, es decir, intentar aplicar la metodología marxista ampliándola y corrigiéndola a un capitalismo que ya no es un capitalismo centrado en la producción, sino centrado en el consumo. Y en este sentido, Jesús Ibáñez hace lo mismo, es decir, intenta ver el problema del capitalismo no tanto desde el punto de vista de la producción, sino desde el punto de vista del consumo, no tanto desde el punto de vista de la fábrica como desde el punto de vista del supermercado, y ahí analiza, pues analiza el consumo, analiza la producción de objetos, analiza los espacios del consumo, es muy interesante, ¿no? Ahí hay una serie de artículos en los cuales se va analizando, pues, el salón como el elemento central de la casa, donde está la televisión, donde se reúne la familia, la casa luego como el ámbito de lo privado, e incluso la ciudad como el ámbito último en el cual la metrópoli, moderna antes y ahora por moderna, es el ámbito del consumo. Consumimos en la casa, consumimos en la ciudad, ¿no? Y el sujeto del consumo, que ya no es tanto el hombre como productor, sino la familia, la familia, y aquí, bueno, pues tiene análisis o la familia como como elemento que ya no tiene tanta importancia como productora, pero sí como consumidora, ¿no? Y los consumidores, en ese sentido, ¿cómo quedan? Porque los productos, de alguna forma, en la obra de Ibañez aparecen como metáforas, es decir, no existe tanto la realidad, sino como constructos de la realidad, eso parece claro, pero los consumidores, en ese sentido, es decir, ¿de qué perspectiva? ¿Quedan también construidos como sujetos que han identificado con las marcas? Sí, él analiza muy bien, como has aludido, lo de los productos como metáforas, un poco como en aquel artículo al que aludiste la semana pasada, ¿no? La

idea de las cosas sin.

Llega un momento en que, en el consumo y en la publicidad, los elementos definitorios de los productos van quedándose, pasan a un segundo plano, no sólo porque se van sustituyendo, por ejemplo, pues lo que decías, ¿no? La cerveza sin alcohol o la coca-cola sin azúcar o sin excitantes, o sea, un excitante sin excitantes, un café sin cafeína, un tabaco sin nicotina, claro, es decir, una especie de sucedáneo que cumpla y no cumple al mismo tiempo la función para la que se usa, pero también, y eso se ve en la publicidad, ese vaciamiento de los objetos de realidad se compensa, incluso se sobrecompensa, con una ampliación de la dimensión imaginaria de los objetos. Es decir, ya lo importante no es consumir objetos, por ejemplo, el coche, ¿no? Es el fetiche fundamental de nuestro tiempo, ¿no? Y por eso es que, por ejemplo, pues se hacen programas especiales de intervención del Estado en la producción de automóviles y no se hace en otro tipo de intervención, es decir, es una industria privilegiada, no sólo a nivel económico, sino a nivel simbólico. El automóvil, bueno, pues el automóvil, la propaganda del automóvil, la publicidad del automóvil no intenta hacer el hincapié en los aspectos que puede tener de trasladarse de un sitio a otro, cosa obvia, que en las ciudades, por ejemplo, pues es un elemento bastante inútil para esto, ¿no? Es mucho más rápido ir de cualquier otra forma, sino justamente en la cantidad de cosas asociadas al automóvil, un estatus, la capacidad de ligar, la capacidad de ser joven, de ser atractivo por el automóvil que se lleva, es decir, y con esto pasamos a lo del consumidor.

Si el producto es una metáfora, el consumidor es una metonimia, es decir, aparece ya ligado a la marca que lleva, es decir, lo importante ya no son los objetos que se usan, sino las marcas que se usan, entonces lo que se vende y lo que se paga, lo que se compra, son las marcas, es decir, no tanto la calidad del objeto como la marca, entonces, bueno, pues cualquiera que tenga relación con los adolescentes ve la importancia fundamental de las marcas, ya no se pide unos vaqueros, sino unos vaqueros determinados, con una forma determinada y con una marca determinada, y lo mismo pues con las carteras, los bolígrafos, todo, es decir, es una especie de predominio de la marca del nombre sobre los objetos, con lo cual se produce curiosamente una economía que también ha aludido Ibañez, Iliotar y otros, una economía de lo inmaterial, una economía de los significantes por encima de los objetos, es decir, una sustitución del signo de la marca del nombre por sobre, superando el propio objeto, el objeto es lo de menos, el objeto es simplemente un continente sobre el cual va la marca, la marca impresa a fuego, como los vaqueros esos, impresa a fuego del nombre, ese es un elemento realmente importante y que explica bastante, no tanto en clave antimarxista, pero sí, digamos, ampliando el marxismo de la realidad de nuestro tiempo, mucho más que la mera disquisición de tipo económico, sin este aspecto de lo simbólico. Y en este sentido es interesante también quizás alguno de los trabajos de Ibañez, por supuesto pensando en la importancia que le dio a la obra de Foucault, entre otros, y cómo Foucault había trabajado a Benjamin y el panóptico, y como sin embargo él piensa que más que la situación del panóptico, la idea de esa sociedad disciplinaria vinculada a ese ojo que todo lo ve, que todo lo controla, más bien pensaba en el laberinto, de cuál puede ser el futuro, de cómo no es tanto la idea de ese aparato central, que

es el panóptico, como la del laberinto. Sí, es muy interesante porque claro, el panóptico y el laberinto son dos metáforas espaciales que también hay que tener en cuenta también, y este es otro de los elementos fundamentales del estructuralismo, postestructuralismo y en nuestra interpretación de un pensamiento postmoderno frente a un pensamiento moderno, el uso de metáforas espaciales frente a las metáforas temporales de la modernidad.

La modernidad es una metáfora, se basa en metáforas temporales, bien en los elementos racionarios de búsqueda de un pasado perdido o bien en los elementos revolucionarios de ese futuro mejor. Mientras el pensamiento postmoderno es un pensamiento que utiliza metáforas espaciales, más espacial que temporal, bien, pues aquí utiliza estas dos metáforas, el panóptico moderno, es decir, la torre central de vigilancia sobre los individuos que están a su alrededor en una visibilidad absoluta, está el colegio, la cárcel, la fábrica, frente al laberinto postmoderno, y ahí es muy interesante porque él analiza nuestra modernidad con la metáfora del laberinto, viendo qué laberintos fundamentales, bueno, pues, por ejemplo, el laberinto del centro, del gran centro comercial, los hipermercados, los laberintos gigantescos en los que hay una reproducción, en el caso de él es dramático, es el paso de la abaguada al campo, del campo a la abaguada, es decir, que hay un campo por donde yo mismo he visto hace diez años pasar las ovejas a convertirse en uno de los hipermercados y de los grandes centros comerciales primeros, de los primeros que hubo en Madrid. Este laberinto, por moderno, es el centro comercial y o la red de autopistas, la red de autopistas norteamericanas que analiza podrillas, es decir, una especie de camino, un espacio liso, en el cual, bueno, pues, hay un continuo movimiento, pero él dice que hay una gran cantidad de micro salidas sin una macro salida, donde continuamente circulamos sin poder salir nunca, todo el mundo que ha ido en autopista habrá experimentado la angustia, tiene uno cuando se ha equivocado y que no puede volver, y la próxima vuelta dentro de 30 kilómetros, es decir, que durante 30 kilómetros no te puedes volver, ¿no? O, sobre todo, cuando desgraciadamente la autopista se queda parada y cómo no puedes salir, es decir, no hay salida, vas en un camino donde cual puede moverte toda la que quieras, pero sin salir, y esto él lo explica en la idea de nuestra situación postmoderna, con una gran cantidad de caminos interiores practicables, es decir, la idea de este, esto tiene que ver un poco con la apariencia, buena apariencia, con efectos realidad, como todas las apariencias de nuestra civilización, es decir, en la cual nos podemos entrar, estar muy bien instalados en el presente, porque tenemos una gran capacidad de movimiento, una gran cantidad, él dice, de caminos interiores practicables, pero sin camino al exterior, es decir, lo que se paga es, pues, bueno, pues dicho con terminología clásica, el abandono de la utopía, es decir, el abandono de la posibilidad de ruptura con el sistema, es decir, el abandono del exterior, y este es el laberinto, laberinto nos podemos mover continuamente, pero ni hay centro absoluto, porque además el laberinto postmoderno es un laberinto sin minotauro, es decir, no hay un centro donde esté el minotauro, y también sin salida al exterior, es decir, sin posibilidad de romperlo, entonces él ahí, y aquí con esto aludimos a otra cosa, que ya me temo que no nos va a dar tiempo, la importancia de la ciencia ficción en el último Ibañez, es decir, la idea de esas posibilidades abiertas por la ciencia ficción, cuando justamente queda, digamos, imposibilitada la utopía en el sentido político, es decir, la única posibilidad son antieutopías como las que

aparecen en la ciencia ficción.

Sí, Carlos Moya, en el comentario que hacía el 25 de junio del 94, en el diario cómo hay potencia la dimensión teologal de la ciencia ficción para explorar el infierno de la vida cotidiana. Una ciencia que de convertirse en mecanismo y prototipo de la liberación, como sucedía en la ilustración, ahora nos vuelve rebotada, convertida en un sueño de pesadilla, no ya de apertura, sino de pesadilla. Pero en ese punto de la falta de salida al exterior que insistías antes, aunque en un momento determinado lo decías con palabras más clásicas, de abandono de la utopía, ¿no? Es decir, ¿no hay un poco la contradicción, ya para terminar, entre postmodernidad e izquierda? Es decir, por lo menos izquierda en el sentido de izquierda clásica, tal como se había entendido.

Sí, yo creo de todas formas que podemos recoger un poco lo que habíamos aludido en la semana pasada del problema y al principio de esta de la subjetividad, ¿no? Claro, hay resistencias y hay luchas. Lo que pasa es que yo creo que, es decir, que no está todo, no está acabada la historia. Es decir, no se han acabado ya, aunque da juego.

Bueno, claro, el juego es indefinido, es infinito. Lo que pasa es que lo que yo creo que ya se ha acabado en ese sentido es la idea de utopía, no como, digamos, imposibilidad de lucha, sino como imposibilidad alternativa global. Es decir, lo que yo creo que aquí, Ibañez, como por otro lado, bueno, pues el último Foucault o el último Guattari han insistido, los tres desgraciadamente muertos, han insistido en este aspecto de posibilidad de cambiar elementos, posibilidad de subvertir lo existente, posibilidad de romper, de crear subjetividades nuevas revolucionarias, bueno, revolucionarias, subversoras, más que porque revolución da la idea de cambio brusco y de golpe, y que quizá, mirando luego hacia atrás, se pueda ver lo que se ha cambiado.

Es decir, más que un modelo revolucionario rompedor, tipo 14 de abril, nos acostamos monárquicos, nos levantamos republicanos, o la toma del palacio de octubre, en octubre, del palacio de invierno, hay un modelo de transformaciones que de repente, vistas en la posterioridad, dice pues se ha cambiado el modelo. Es decir, se ha producido un cambio, pero digamos diluido, no concentrado, y sobre todo no en un instante, sino que es un proceso de fisuras, como dice Lerner, un proceso de fisuración, y que sólo posteriormente nos podemos dar cuenta. Por ejemplo, una revolución molecular, el feminismo, no ha tenido un día de toma, pero si miramos de aquí, hace 30 años, nos daremos cuenta que se han producido fisuras importantísimas en la concepción, digamos, falocéntrica de la razón occidental, o los derechos a la diferencia, es decir, hay una especie de, la lucha que ahora está de reconocimiento en los derechos de los homosexuales, o de las culturas perseguidas y tales, es decir, que hay una especie como de acumulación de victorias pequeñitas, que vistas luego en perspectiva, pues dice, no, ya ha cambiado la situación.

Ahora bien, yo lo que creo que el aspecto antiutópico de estos pensadores, no es tanto que no se cambie, que no haya nada que hacer, sino que cambia, digamos, esa idea total de revolución

de golpe. Lo que ocurre es que, y ya con eso terminamos, recordando lo que se dijo en este seminario de homenaje a Jesús Ibañez, tan merecido, es donde está un poco la dificultad que plantean algunos de los nuevos movimientos sociales, como por ejemplo el ecologismo, es decir, que cómo se actúa localmente, pero a pesar de todo hay que pensar globalmente, entonces algún tipo de globalidad se necesita porque es un problema planetario. Entonces, cómo esa globalidad se puede compensar con una lucha que sin embargo es parcial, es discontinua, es local, pues ahí es donde está probablemente una de las tensiones entre lo que era una cosa que estaba en todo lo que era las tradiciones emancipatorias de la izquierda, que era una cierta idea de globalidad, y lo que es la propia aportación de la posmodernidad, que es la idea de la localidad y de la discontinuidad, y bueno, pues quizás para pensar todas estas realidades tan complejas, pues debemos nosotros animar a nuestros oyentes y a los que nos hayan acompañado estos dos programas a volver a la lectura del pensamiento y de la obra de un hombre como Jesús Ibañez.

Nada más y muchas gracias. Gracias y buenas noches.